



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

**GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS
EN AMÉRICA LATINA**
ALBERTO PRIETO ROZOS

Noviembre 2018

GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS EN AMÉRICA LATINA

Por Alberto Prieto Rozos¹

Introducción

La Lucha guerrillera es tan antigua como la propia América Latina. Incluso antes de la conquista, ya muchos habitantes de la región habían acudido a este recurso como forma de enfrentar a sus enemigos. Pero no fue hasta producirse la dominación europea que la presencia de los guerrilleros se generalizó por todo nuestro subcontinente. Primero para resistir la opresión foránea, después con el propósito de recuperar la independencia y hacer la revolución.

Al propio Bolívar, símbolo de la primera gesta emancipadora (1808-1825), no le fue ajeno este método de combatir. Más tarde, vinculado con las Reformas Liberales, muchos integrantes de las vanguardias revolucionarias tomaron las armas y revivieron las tradiciones guerrilleras. Fue durante la época de Juárez que las mismas alcanzaron su clímax tanto en México como en Centroamérica. Esta cima fue seguida por la epopeya mambisa de de la Guerra de los Diez Años en Cuba (1868-78), cuya segunda fase preparó José Martí en plena etapa de dominio imperialista en el mundo.

El siglo XX también se inició en América Latina con lucha armada, pues baste recordar en la Revolución Mexicana las figuras guerrilleras de Pancho Villa o Emiliano Zapata, y hasta la controvertida experiencia obrera en los Batallones Rojos. Pero todo eso tuvo lugar antes del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre en la antigua Rusia Zarista, que luego de estallar la Primera Guerra Mundial, empezó una era histórica nueva en la humanidad.

El movimiento guerrillero contemporáneo (1926-2017) en América Latina se inauguró con Sandino en Nicaragua, y fue casi de inmediato continuado en El Salvador y Cuba. Y dado que nuestro subcontinente contaba con una población básicamente rural, el combate

¹ Doctor en Ciencias (de nivel superior) y Doctor en Ciencias históricas. Profesor Titular, Consultante y de Mérito de la Universidad de La Habana. Presidente del Tribunal Permanente Nacional de Ciencias políticas y Miembro de Honor del de Historia. Miembro de número de la Academia de la Historia de Cuba. Autor de 25 libros publicados sobre América Latina.

se dio sobre todo en los campos. Y estuvo muy cerca del éxito donde la vanguardia practicó una política de alianzas entre todos los partidarios del progreso, sin reclamar una hegemonía apriorista para nadie, la cual debería ser alcanzada en el proceso de lucha.

Luego, tras la Segunda Guerra Mundial, el batallar guerrillero estuvo centrado en Colombia y Cuba. Pero en el país norandino, la mayoría de los insurgentes combatían por simples cuestiones de rótulo, sin poner en verdadero peligro la esencia del régimen explotador. En el caso de los revolucionarios colombianos que esgrimían la concepción científica del mundo –debido al apego por inercia a las decisiones adoptadas por la Internacional Comunista (COMITERN) en la década del treinta- sólo esgrimían la práctica de autodefensa de masas.

Fidel Castro rompió con esos viejos postulados, al plantear que “Revolución es el arte de aglutinar fuerzas contra el imperialismo y sus aliados internos” y se lanzó a la toma del poder con tres preceptos básicos: unidad de los revolucionarios, vínculos con las masas, armas para conquistarlo. En su victorioso empeño hizo énfasis en el campo sin olvidar la ciudad, cuya importancia crecía debido al proceso de urbanización. Y triunfó, para dar inicio a un acontecimiento trascendental en Latinoamérica y el mundo: la Revolución Cubana.

Con el propósito de repetir este éxito, múltiples revolucionarios acometieron el combate insurreccional en América Latina. Entonces empezó la resistencia activa frente al gobierno oligárquico en Argentina, renació el combate guerrillero en Colombia, patriotas se alzaron en Panamá, exiliados invadieron Paraguay, revolucionarios se introdujeron por las costas dominicanas y haitianas, sandinistas dirigidos por Carlos Fonseca Amador atacaron al somocismo. A ellos se sumaron oficiales progresistas así como diversas tendencias de avanzada, que abrazaron el marxismo-leninismo al desgajarse de viejos partidos burgueses. Pero tanto en el campo como en la ciudad, este renacer guerrillero estuvo plagado de foquismo, vanguardismo, militarismo, casi inevitables en cualquier élite revolucionaria que se empeñe en conmover sociedades en aparente inmovilidad. A la vez, en Bolivia, el internacionalista Ernesto Guevara reanimaba la gesta bolivariana para impulsar la lucha a escala subcontinental. Su pronta muerte, sin embargo, marcó el inicio del reflujo que a partir de entonces azotaría las filas insurgentes con sus problemas de divergencias

ideológicas –maoísmo, trotskismo-, escisiones políticas y falta de entendimiento táctico-estratégico recíproco.

El resurgimiento del accionar guerrillero empezó con la ascendente combatividad armada urbana en Argentina, que sin embargo no pudo movilizar a su alrededor amplias masas populares. En Nicaragua sucedió lo contrario. El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), guiado por Carlos Fonseca Amador, supo aglutinar a las principales clases o grupos sociales del país hacia la toma del poder, con el reclamo de un amplio gobierno democrático y antimperialista, para reconstruir la nación. El extraordinario triunfo sandinista inauguró, a principios de los años ochenta, una década de vigorosa lucha guerrillera en El Salvador, Guatemala, Colombia y Perú, donde se multiplicaron los enfrentamientos armados por campos y ciudades.

En la década de los años noventa, el sectario dogmatismo maoísta de Sendero Luminoso en Perú, lo condujo al aislamiento con respecto a las masas, lo cual facilitó su derrota. Al mismo tiempo, en Centroamérica, una situación de relativo y prolongado equilibrio militar entre las partes armadas en pugna, incentivó la búsqueda de acuerdos de paz, que tras dilatados procesos de negociaciones fueron rubricados entre los contendientes. Pero mientras que en El Salvador los acuerdos fueron aplicados con relativa rapidez, en la vecina Guatemala los entendimientos resultaron saboteados por las instancias legislativas y electorales del Estado, por lo que nunca entraron en vigor. No obstante dicha sociedad se metamorfoseó durante la guerra irregular, por lo que las fraccionadas poblaciones de origen maya definitivamente hicieron su entrada en la vida política del país.

En Colombia la situación fue diferente a la de las otras sociedades con movimiento guerrillero. Una parte de los alzados –pertenecientes al Movimiento M-19, Ejército Popular de Liberación (EPL), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la insurgencia indígena en Quintín Lame- depusieron las armas luego de firmar en 1989, un “Pacto Político” con el gobierno. Después se estructuraron en una Alianza Democrática con el objetivo de participar en las elecciones para una Constituyente, pero no obstante haber quedado en segundo lugar por el número de votos recibidos, la nueva Carta Magna de la República no resultó muy avanzada. Tal vez por esto los combates no se debilitaron, pues los vacíos dejados por los insurgentes desmovilizados, fueron ocupados con rapidez por las

dos organizaciones rebeldes en acción, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Entonces el ejército incrementó sus ataques para dar una solución militar al conflicto, que no logró. Esto condujo en las siguientes elecciones presidenciales, a que todos los candidatos hablaran de nuevas negociaciones de paz. Al ocupar el cargo, el nuevo mandatario se entrevistó personalmente con el jefe de las FARC, el legendario Manuel Marulanda, pero al mismo tiempo acudió a los Estados Unidos en busca de mayor ayuda militar. Surgió así el llamado Plan Colombia, que implicaba un mayor involucramiento imperialista contra las guerrillas.

El cese casi generalizado de los conflictos armados en América Latina, no significó que la historia se detuviese. Por el contrario, prácticamente al mismo tiempo, en Venezuela a partir de 1998, surgió un novedoso proceso revolucionario denominado Bolivariano, que encabezaba Hugo Chávez. Éste se caracterizaba por desarrollarse mediante la vía electoral, con grandes movilizaciones de masas. Y se proponía también un vigoroso impulso a la unidad latinoamericana. Dicha tarea estaba facilitada por semejantes triunfos electorales en otros Estados del subcontinente, que habían llevado a las presidencias a elementos progresistas y revolucionarios. Estos nuevos mandatarios frecuentemente contaban en sus gabinetes de ministros con prestigiosos antiguos guerrilleros. El caso más ilustrativo fue el de Daniel Ortega, destacadísimo Comandante sandinista, reelecto en el 2006, a la primera magistratura de su república. A los tres años José “Pepe” Mujica, uno de los fundadores de los Tupamaros, ganó los comicios presidenciales en el Uruguay. Y en el 2013, el frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) propuso como su candidato para ese elevado cargo al respetado ex-Comandante guerrillero Salvador Sanchez Cerén, quien en los comicios ganó la presidencia de El Salvador.

Desarrollo de las Etapas Guerrilleras en América Latina

El movimiento guerrillero contemporáneo que surgió en América latina con Augusto César Sandino, en lo fundamental transitó por cuatro etapas de desarrollo.

Los mejores representantes de la primera etapa (1926-1933) fueron el propio héroe de las Segovias y Farabundo Martí. Pero no se puede excluir a Antonio Guiteras y Julio

Antonio Mella, quien no llegó a realizar su proyecto guerrillero debido a su temprano asesinato. Ellos fueron altos exponentes del internacionalismo y creyeron que el combate armado era la única vía para tomar el poder con el objetivo de iniciar las transformaciones revolucionarias de la sociedad. Y por ello entregaron sus vidas. Tenían, sin embargo, no sólo matices ideológicos diversos, sino sobre todo concepciones de lucha distintas, aunque compartieran la misma formación filosófica. Sandino y Guiteras enarbolaban una visión del mundo no muy divergente, que pudiera aglutinarse bajo la denominación de demócratas-revolucionarios; fueron creyentes en la necesidad de forjar un amplio frente que agrupara en torno a un programa nacional liberador, a todas las fuerzas o tendencias revolucionarias y antimperialistas. Sandino, no obstante, priorizaba el combate rural, en tanto Guiteras preferenciaba el urbano. El disciplinado Farabundo, en cambio, no podía participar de la política de alianzas, pues el Sexto Congreso de la Tercera Internacional varió la línea trazada por Lenin a esa organización, al orientar a su militancia el enfrentamiento entre clases y la creación de “soviets” dirigidos por proletarios como nuevos órganos de poder, en detrimento de gobiernos nacional-revolucionarios encabezados por figuras ajenas a la militancia obrera.

Sandino estructuró con obreros y campesinos su Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua vinculado con el Partido de los Trabajadores y el Laborista, al cual se afiliaba la pequeña burguesía. Con el avance de esas fuerzas, en 1931, sólo Managua estaba fuera de las acciones de los contingentes insurrectos. Y el 31 de diciembre, todo un destacamento invasor estadounidense pereció en combate con los sandinistas, hecho que sacudió a la opinión pública norteamericana. Por eso el gobierno en Washington tuvo que anunciar el retiro de sus tropas de Nicaragua antes del primero de enero de 1933.

Farabundo, Secretario General del Partido Comunista Salvadoreño desde 1931, orientó que esta fuerza política preparase una insurrección cuando militares golpistas anularon ese año las elecciones. La rebeldía empezó el 22 de enero de 1932, muy fuerte sobre todo en el occidente del país. En dicha región, a lo largo de varios días los humildísimos trabajadores de las plantaciones de café, crearon “soviets” –de obreros y campesinos- en poblados como Tacuba, Sonsonate, Juayúa, Zonzacate, Izalco, Nahuizalco y varios más. Pero esta práctica empavoreció a la pequeña burguesía –fuese urbana o rural-, y a no pocos campesinos,

incluso pobres. Parecía, de hecho, transitarse hacia la revolución socialista de forma inmediata, aunque el proletariado salvadoreño fuese abrumadoramente minoritario. Desvinculados de cualquier otra fuerza, casi desarmados, los guerrilleros fueron aniquilados por el ejército y la aviación, que masacraron en una semana a más de treinta mil personas.

Guiteras pretendía derrotar la tiranía de Gerardo Machado mediante la lucha armada. En específico, proyectaba asaltar el cuartel Moncada en Santiago de Cuba. Pero fue apresado antes de realizarlo. Una vez fuera de prisión, organizó grupos de acción en El Caney, Santiago, Holguín, Victoria de las Tunas, Bayamo, Manzanillo, así como en otras ciudades, y llegó a tener éxito en la toma de alguna, como San Luís, donde el pueblo se sumó a sus empeños. Pero en general, el alzamiento del 29 de abril de 1933, fracasó.

La segunda fase del movimiento guerrillero latinoamericano empezó al terminar la Segunda Guerra Mundial y se extendió hasta el triunfo de la Revolución Cubana. Su comienzo estuvo vinculado con el inicio de la autodefensa campesina en Colombia y con el surgimiento de la Legión del Caribe. Fidel Castro, en 1947, participó en este frustrado intento expedicionario -que entrenaba en Cayo Confites- para derribar a Trujillo, tirano dominicano. Y un año después se encontraba en Bogotá el 9 de abril, cuando fue asesinado Gaitán, crimen que multiplicó la violencia en el país pues generalizó la lucha guerrillera. Pero esta avalancha rebelde, carente de una dirigencia que impulsara un proceso revolucionario, degeneró en feroces choques por simples cuestiones de rótulo -liberal o conservador-, sin poner en verdadero peligro la esencia de los intereses de los explotadores. Sólo el Partido Comunista con su política de autodefensa de masas se esforzaba porque las guerrillas elevaran su lucha a niveles cualitativos superiores. Hasta que en 1958, se logró una pacificación temporal, la cual no llevó al desarme de los alzados. Los asesinatos de Sandino -1934- y de los liberales colombianos -durante la desmovilización parcial de 1953-, demostraban que la entrega de armas por los insurrectos conducía a su ulterior masacre.

Fidel Castro se propuso derrotar la tiranía de Batista mediante la toma del cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Tras el fallido intento, en su alegato-programa conocido como “La Historia me absolverá” convocó a la más amplia unidad anti-dictatorial, para

conducir al pueblo a una multifacética rebeldía hasta lograr el triunfo. Luego, desembarcó en diciembre de 1956, por las costas de Oriente, y allí forjó su guerrillero Ejército Rebelde con campesinos pobres. A finales de 1958, despachó dos columnas para invadir el occidente de la isla. La comandada por Ernesto “Che” Guevara” tomó Santa Clara y cortó en dos el territorio nacional. Entonces Batista huyó y Fidel ocupó el poder.

El éxito de los insurrectos en Cuba influyó en los más audaces latinoamericanos, quienes desde 1959, se lanzaron a la lucha armada con el propósito de reproducir la victoria antillana, dando así inicio a la tercera etapa del movimiento guerrillero. Contra la tiranía de Trujillo, a mediados de 1959, se lanzaron revolucionarios guiados por Enrique Jiménez Moya –veterano de la Legión del Caribe y de la Sierra, cuyo segundo al mando era el cubano Delio Gómez Ochoa, ex-comandante del IV Frente Oriental-, quienes fueron diezmados al desembarcar por Puerto Plata. Igual suerte tuvieron poco después, el marxista Jacques Stephan Alexis y sus seguidores, en las costas de Haití. En Panamá, el 3 de abril de 1959, un grupo de cuarenta y cinco estudiantes acaudillados por Roberto Arias –hijo de un ex-presidente- se alzó en el Cerro de Tute, pero tras haber realizado varias emboscadas exitosas, fueron apresados por la Guardia Nacional. En Paraguay, el Partido Comunista y la Juventud Febrerista crearon, en abril de 1960, el Frente Unido de Liberación Nacional, cuya guerrilla Yororó, fue masacrada. Los comunistas paraguayos perseveraron con la insurrecta Columna Mariscal Lopez, que a pesar de sus éxitos iniciales en San Pedro, no logró una efectiva implantación en otras zonas rurales. Por esa misma época, en Nicaragua, revolucionarios como Carlos Fonseca Amador y Tomás Borges, estructuraron el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Éste, luego de sufrir al principio algunos reveses en los empeños de sus guerrillas rurales -como en Wiwilí y Pancasán,-, finalmente pudo implantarse en las montañas del país. También la militancia del FSLN realizaba entonces actividades clandestinas en las ciudades, tanto para acopiar abastecimientos en respaldo a los insurrectos, como con trabajo de agitación política entre los jóvenes estudiantes.

En Argentina la resistencia efectiva al régimen oligárquico empezó con el Movimiento Peronista de Liberación, cuya pequeña guerrilla hasta enero de 1960, actuó en las zonas rurales de Tucumán. Luego se forjaron las Fuerzas Argentinas de Liberación, compuestas por marxistas de diversas tendencias –aunque predominaban los maoístas-, con breve

actividad armada ciudadana. En 1963, desde Bolivia penetró el Ejército Guerrillero del Pueblo comandado por Jorge Ricardo Massetti –amigo del Ché-, dispersado por la gendarmería en marzo de 1964. A los cuatro años se organizaron las Fuerzas Armadas Rebeldes, con revolucionarios de heterogénea procedencia, que por breve tiempo accionó en las urbes. Casi al mismo tiempo, un grupo armado de nombre Fuerzas Armadas Peronistas mantuvo varias semanas de actividad guerrillera en los campos de Taco Ralo, provincia de Tucumán, hasta ser diezmado.

En Guatemala militares progresistas se sumaron a la causa de los oprimidos en 1960. Ciento veinte oficiales y tres mil soldados, encabezados por Luis Augusto Turcios Lima y Marco Antonio Yon Sosa, tomaron parte en el alzamiento que tuvo lugar en la capital, Puerto Barrios y Zacapa. Pero la falta de coordinación y los bombardeos aéreos de los contrarrevolucionarios cubanos –que se preparaban para atacar a Cuba por Playa Girón- lo hicieron fracasar. Luego ambos ex-militares organizaron el Movimiento Revolucionario 13 de noviembre e iniciaron una insurrección por la zona de Izabal, la que recibió el apoyo del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) que preparaba su propia guerrilla en la Baja Verapaz. La rebeldía, sin embargo, pronto se debilitó; el PGT retomó concepciones “obreristas”, mientras Yon Sosa, primero asumió criterios “militaristas” para después abrazar las tesis “agraristas” del trotskismo. El resto de los guerrilleros cayó en progresiva parálisis.

En Colombia el combate guerrillero renació cuando en 1962, el gobierno atacó lo que denominaba “Repúblicas Independientes Comunistas”, en Tolima, el Cauca, Río Chiquito, el Pato y Guayabero. Allí militantes de esa filiación partidista se encontraban en tregua armada desde 1958. Estas ofensivas de miles de soldados, indujeron a los alzados a retomar el tradicional comportamiento guerrillero, pero decididos ahora a luchar por el poder. Después, en 1966, ellos crearon las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia al mando de Manuel Marulanda, con distintos frentes de guerra. Poco antes, en julio de 1964, revolucionarios de diversa procedencia habían fundado el Ejército de Liberación Nacional, al cual se sumó –como simple soldado- el carismático y notable cura católico, Camilo Torres.

En Venezuela, en 1962, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria recién escindido de Acción Democrática, abrazó el marxismo e inició la lucha guerrillera acompañado de los comunistas, entre cuyos jefes se destacaban Argimiro Gabaldón y Douglas Bravo. A ellos se unió Fabricio Ojeda, prestigioso periodista que había sido dirigente de la Unión Republicana Democrática, así como numerosos ex-militares que habían participado en las fallidas sublevaciones de La Guaira, Caracas, Carúpano y Puerto Cabello. Entonces se multiplicaron los frentes guerrilleros, que se encontraban en sitios muy distantes entre sí y estaban desorganizados. Además carecían de mando único y actuaban con criterios de relativa espontaneidad, empleando tácticas de choque con las cuales pretendían dar un golpe que derribase al gobierno. Pero al no lograrlo, las guerrillas cayeron en progresiva parálisis, hasta su disolución.

En Perú, tras romper sus vínculos con el Secretariado Latinoamericano del Trotskismo Ortodoxo (SLATO), militantes del Partido Obrero Revolucionario encabezados por Hugo Blanco se alzaron en 1963, pero fueron capturados por la policía el 29 de mayo, en el combate de Pucyura. La actividad guerrillera resurgió al poco tiempo, pues el marxista Movimiento de Izquierda Revolucionaria –escisión de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, de carácter pequeñoburgués- dirigido por Luis de la Puente Uceda, organizó dos frentes. Uno en el departamento del Cuzco y el otro en el de Junín. Pero luego de éxitos iniciales, Uceda y sus compañeros fueron muertos en Amaybamba, en octubre de 1965. Un destino igual tuvieron los integrantes del otro grupo poco después. Casi al mismo tiempo, Héctor Béjar y Juan Pablo “el Chino” Chang, fundaban el Ejército de Liberación Nacional con jóvenes sin previa filiación política y antiguos militantes de la Juventud Comunista peruana. El ELN comenzó sus acciones armadas por Chinchibamba –departamento de Ayacucho-, pero de inmediato sus integrantes tropezaron con las mismas dificultades que el MIR: no hablaban el quechua, único idioma de los campesinos de la región. Estos lugareños, además, tenían intereses totalmente ajenos a los de luchar contra el imperialismo y a favor del socialismo, lo que facilitó la derrota de dichos guerrilleros en Tingos, en diciembre de 1965.

En Uruguay surgió la organización armada urbana Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), en 1965. La misma estaba integrada por maoístas, disidentes

anarquistas, trotskistas, católicos radicalizados y gente sin previa filiación. En su mayoría eran estudiantes, intelectuales, técnicos, profesionales, así como elementos avanzados de la pequeña burguesía urbana, progresivamente en ruina debido al creciente proceso monopolizador de la economía. También contaba con obreros industriales y hasta jornaleros agrícolas, cuyo número era insuficiente para organizar una guerrilla rural. Entre sus militantes sobresalían Raúl Sendic y José “Pepe” Mujica. El MLN-T al inicio realizó operativos para conseguir armas en los cuarteles y financiamiento en casinos y bancos. Esto último porque carecían de un amplio sistema de apoyo que subvencionara al movimiento mediante la compra de bonos o con donaciones. Esas acciones no siempre fueron bien comprendidas por buena parte de la ciudadanía. Sus hechos de mayor resonancia fueron la fugaz toma de la ciudad de Pando, así como la fuga masiva de militantes suyos presos en la Cárcel de Mujeres y en el presidio de Punta Carreta. Sin embargo estas audaces gestas, realizadas con extraordinario grado de organización, no bastaban para colocar al país en una situación de guerra revolucionaria. El MLN-T no constituyó una fuerza capaz de arrastrar tras sus objetivos a la mayoría de la población, lo cual ulteriormente le condujo a su derrota.

En Bolivia, a finales de 1966, Ernesto Guevara comenzó a entrenar su Ejército de Liberación. Estaba compuesto por bolivianos de la tendencia “insurreccionalista” del Partido Comunista –entre los cuales descollaban los hermanos Inti y Coco Peredo- así como por internacionalistas. Entre ellos se destacaban el peruano Juan Pablo “el Chino” Chang y un selecto contingente de experimentados combatientes cubanos. A finales de marzo del año siguiente comenzaron los combates, caracterizados por golpes precisos y espectaculares, lo cual conmocionó al país. Entonces el esplendor guerrillero en el subcontinente pareció llegar a su cúspide, pues en agosto en La Habana se celebró la Conferencia de Solidaridad de América Latina, en respaldo a quienes combatían con las armas en la mano por la revolución. Sin embargo en Bolivia, en ese preciso momento, el alentador contexto guerrillero empezó a cambiar; la pérdida gradual de hombres se conjugaba con la falta completa de incorporación campesina y con el gradual surgimiento de delatores. Por eso el Ché decidió buscar otras zonas de mayor desarrollo político. Para ello dispuso pasar por la Quebrada del Yuro, donde sin saberlo les aguardaba una tropa numerosa del gobierno. En el combate el Ché fue herido y quedó indefenso, sólo así pudo

ser capturado. Luego se le asesinó en el pueblo de Higueras. Parecía que su muerte, y la de Camilo Torres, anunciaban el fin de la tercera fase guerrillera.

Muchos y heterogéneos revolucionarios se habían empeñado en reproducir la trascendental experiencia de la Revolución Cubana. Unos se apresuraron entusiastas y desorganizados. Otros abrazaban con esperanza el marxismo, separándose de sus partidos burgueses de origen, para crear las organizaciones conocidas como MIR. Algunos admiradores de la Revolución Cubana y su ideología –previamente sin militancia precisa-, impulsaron el surgimiento de los llamados Ejércitos de Liberación. Los comunistas a menudo estructuraron o se incorporaron a las denominadas Fuerzas Armadas, cuyo apellido podía ser de Liberación Nacional, Rebeldes o Revolucionarias. No transcurrió gran lapso, sin embargo, antes de que los convencidos de la concepción científica del mundo entraran en aguda polémica entre sí. Una tendencia defendía la práctica del “foco guerrillero” para iniciar la revolución. Los maoístas esgrimían la guerra popular prolongada del campo a la ciudad. Los trotskistas creían en la autodefensa campesina. Los vanguardistas opinaban, que era privilegio de una élite revolucionaria urbana derribar el régimen burgués. Los militaristas rechazaban la lucha política. Y los oportunistas sólo deseaban presionar a la burguesía para arrancarle concesiones. Pocos, en realidad, pensaban en desarrollar una hábil política de alianzas que buscara unificar a las amplias masas así como a las organizaciones democráticas y progresistas o antimperialistas. La mayoría exigía para cada una de sus organizaciones el papel hegemónico de manera apriorista, sin plantearse lograr ese objetivo a lo largo de una lucha convergente. Así, las pugnas, divergencias, escisiones, trifulcas y desprendimientos se hicieron frecuentes entre una parte de esos revolucionarios, hasta que fueron quedando paralizados, a la vez que sufrían los golpes de las fuerzas represivas.

La cuarta etapa del movimiento guerrillero contemporáneo en América Latina se inició a principios de la octava década del siglo XX, caracterizada al comienzo por el ascenso de las guerrillas urbanas en Argentina. Así, a mediados de 1970, surgió el Movimiento Peronista Montoneros (MPM), al que también se integraron marxistas y cristianos. Esto era un reflejo de sus deseos de conformar una amplia unidad anti oligárquica, que aplicase una reforma agraria y con el respaldo popular, condujese al país a un socialismo nacional, en

marcha hacia la gran Patria Latinoamericana. Casi al mismo tiempo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores guiado por Mario Roberto Santucho, rompió con la trotskista SLATO y sus tesis agraristas. Entonces estructuró su Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), enrumado hacia un socialismo bajo la conducción de la clase obrera, en alianza con el semi-proletariado, los campesinos pobres y la pequeña burguesía urbana. Ambos movimientos guerrilleros extendieron sus operaciones por todas las ciudades importantes. El MPM, por ejemplo, atentaba contra jefes militares, ajusticiaban a corruptos peronistas de la burocracia sindical, recuperaban fondos en los bancos, atacaban guarniciones militares, realizaban sabotajes y acciones de propaganda. Trataban de crear “guerrillas industriales” para boicotear la producción, distribuían alimentos entre los marginados, hasta ocupaban poblados de mediano rango. El ERP, por su parte, tomaba fábricas para explicar a los obreros sus objetivos y distribuirles la prensa clandestina, capturaba cuarteles para proveerse de armas, protegía manifestaciones, ajusticiaba esbirros y torturadores, incautaba alimentos, que luego distribuía en las “villas miserias”. También expropiaba dinero a los grandes bancos. Pero ninguna de esas acciones guerrilleras representaba la vanguardia de insurrecciones populares; sólo eran súbitos ataques sorpresivos que momentáneamente paralizaban a las fuerzas represivas. Después venía el obligado repliegue con su costoso saldo social: muertes, desapariciones y torturas infligidas a quienes se hubieran solidarizado con los revolucionarios. Las organizaciones armadas no tenían la capacidad de arrastrar a la mayoría de la población tras sus objetivos. Carecían de una hábil política de alianzas que englobara a las principales clases y grupos sociales –así como a sus representantes–; sólo nucleaban a los elementos más esclarecidos del proletariado y de la pequeña burguesía, triturada por el proceso monopolizador de la economía. Además, salvo excepciones, ambas organizaciones guerrilleras no actuaban de forma conjunta; la anhelada colaboración sistemática nunca llegó. Al revés. Cualquier señal de unión se detuvo y pronto dio marcha atrás, motivado por percepciones diferentes sobre la cambiante realidad argentina. Por ende brindaron respuestas distintas a esas mutaciones políticas, hasta que fueron derrotadas por separado.

En contraste, el verdadero auge guerrillero tuvo lugar en Nicaragua, donde los grupos armados alcanzaban una creciente importancia. No sólo en las zonas montañosas del país, sino también en las ciudades. Esto, bajo la égida del Frente Sandinista de Liberación

Nacional, que reclamaba la formación de un amplio gobierno democrático y antimperialista, capaz de reconstruir la nación. En 1977, la guerrilla superó las prácticas defensivas y ocupó distintos cuarteles somocistas. Luego entraron en contacto con el recién creado Grupo de los Doce –formado por prestigiosas personalidades e intelectuales–, para relacionarse con los tradicionales partidos opositores, lo que incorporó la oposición pasiva a la lucha activa. Hasta que en 1978, las masas protagonizaron un espontáneo alzamiento, el cual alertó a la dirigencia sandinista acerca de la verdadera disposición popular. A partir de ese momento, la vanguardia revolucionaria preparó las condiciones para realizar levantamientos urbanos múltiples, que debilitaron muchísimo a la nepotista tiranía somocista. Se llegó de esa forma a confeccionar un Plan General Insurreccional, que abrió el camino para el triunfo de la revolución.

La victoria sandinista, en julio de 1979, acicateó mucho la lucha guerrillera en América Latina. En El Salvador, por ejemplo, los revolucionarios acometieron un complejo y ascendente proceso unificador, que terminó con la creación del insurrecto frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en alianza con el civilista Frente Democrático Revolucionario. El FMLN lanzó a principios de 1981, una ofensiva con el objetivo de sublevar a la población rural; luego los guerrilleros pasaron de acciones bélicas aisladas a operaciones planificadas a escala nacional, gracias a su dominio de vastos territorios en diversos departamentos del país. Pero cuando desde el campo pretendieron ocupar las ciudades, descubrieron que en éstas sus habitantes aún no se incorporaban al proceso insurreccional; todavía la movilización de masas ciudadanas no había alcanzado el dinamismo característico de una situación revolucionaria. Debido a esta coyuntura, el movimiento guerrillero enarbó la bandera de negociar con el gobierno, como una forma de incentivar la lucha política alrededor de reivindicaciones de toda la sociedad, tales como: humanizar la guerra e incorporar a todas las clases y sectores en la búsqueda de una integración nacional, que pudiese encontrar la paz. Al ser rechazada la propuesta por el gobierno, los revolucionarios lanzaron poderosas ofensivas que pusieron en crisis el dominio militar burgués, el cual sólo se restableció gracias a la muy incrementada ayuda imperialista. Si ésta no hubiera existido, la victoria habría estado cerca. Pero la realidad demostraba que para triunfar se debía tener muy en cuenta la presencia del imperialismo, cuya gran influencia requería elaborar un proyecto revolucionario que previamente

contemplase la liberación nacional. Esto conducía al problema de la política de alianzas, relacionado con lo cual se desarrollaban agudas pugnas. En el FMLN, una minoría sectaria y dogmática, adepta a posiciones de militarismo vanguardista, rechazaba forjar vínculos adecuados con sectores sociales más amplios, no incorporados al combate revolucionario todavía. Hasta que derrotada políticamente esa línea, su principal defensor, Salvador Cayetano Carpio, recurrió al crimen de la Comandante Ana María, acción que lo condujo al suicidio luego de ser descubierto.

El creciente poderío político-militar del FMLN le permitió derrotar nuevas y gigantescas ofensivas del régimen, tras lo cual los revolucionarios lograron reanimar el accionar de las masas en las ciudades. Así, en 1986, los asalariados urbanos se manifestaron contra el imperialismo, y poco después en las ciudades hubo foros por la paz y la sobrevivencia; hasta los empresarios y la ultraderecha criticaron con vigor los nuevos “impuestos de guerra”. Y el 22 de enero del año siguiente se produjo una huelga nacional, la cual evidenció al gobierno que empezaba a quedar aislado en el escenario político salvadoreño. Desde entonces los revolucionarios golpearon con creciente fuerza las principales instalaciones militares del régimen, hasta en la capital, mientras a la vez esgrimían el reclamo de conversaciones de paz con éste y los partidos políticos del país. Entonces, el 26 de mayo de 1987, el gobierno aceptó instituir una Comisión de Reconciliación, que abordase el cese al fuego bilateral y una amnistía general. Dichas negociaciones recibieron durante 1989, un fuerte impulso con la elección de un nuevo presidente de la república. Al mismo tiempo, los sectores más recalcitrantes de la sociedad conformaban Escuadrones de la Muerte, que realizaron crímenes horribles repudiados por casi todos los salvadoreños. Finalmente, al filo de la medianoche del último día del año 1991, se firmaron acuerdos definitivos que ponían fin a la guerra. Entre sus acápites se encontraban: reducir y depurar el ejército; crear una novedosa Policía Civil; realizar una reforma agraria; transformar al FMLN en partido político, susceptible de participar en todos los aspectos de la vida de El Salvador.

En Guatemala, tras casi una década de receso, el combate guerrillero se reinició en 1979. Y a los tres años, las cuatro organizaciones que participaban de la lucha armada se asociaron en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), con un ambiguo

programa de lucha. También este accionar insurreccional se caracterizaba –a diferencia de los años sesenta- por la creciente incorporación del campesinado indígena, compuesto mayoritariamente aún, por decenas de tribus mayas con pronunciadas rivalidades entre sí. Para enfrentar el nuevo reto revolucionario, el régimen militar acometió la táctica de tierra arrasada en el Altiplano, a cuya población se le reconcentraba en las llamadas aldeas estratégicas. Al mismo tiempo, se crearon “patrullas civiles” de campesinos encabezadas por enriquecidos caciques y otros elementos conservadores, que estaban destinadas a combatir en el plano local a las multiplicadas guerrillas. Sin embargo esto para el régimen entrañaba a largo plazo un peligro, ya que más de una vez en la historia esos confundidos elementos populares llegaron a dar un giro contrario a su proyección inicial, para después enfrentarse al que de manera oportunista los había prohijado.

La burguesía guatemalteca, dividida políticamente en militares y civiles, mantenía todavía una férrea unidad de clase. Eso fue evidente a partir de 1983, cuando los oficiales más avezados dieron un golpe de Estado, con el propósito de dificultar la creciente y adversa polarización de las fuerzas sociales en el país. Tras casi veinte años en el poder, preferían devolverlo a civiles y retomar su carácter profesional, antes que correr el riesgo de ver a los más audaces políticos delinear algún novedoso proyecto de reconstrucción nacional, de acuerdo con la URNG. Se facilitó así que a principios de 1986, se estableciera un gobierno democristiano, que disfrutaba del prestigio de haber perdido buenos militantes suyos a manos del preterido régimen militar. La URNG, sin embargo, no cayó en la trampa como veinte años atrás hicieran los primeros forjadores de la guerrilla guatemalteca. El experimentado movimiento armado hizo saber con rapidez que sin desarmarse adoptaría tácticas defensivas para no dificultar el resurgimiento del poder civil, si éste cumplía sus promesas de hacer progresar en paz la sociedad, con esclarecimiento de los crímenes y depuración de las fuerzas armadas de todo tipo de esbirros o asesinos. El ejército enseguida brindó su respuesta bajo la forma de grandes ofensivas antiguerrilleras; nunca en el país habían tenido lugar operaciones contrainsurgentes de tanta envergadura ni tan prolongadas. Aunque la URNG derrotó los ataques, no alteró su postura. En contraste, el gobierno democristiano no dio pasos hacia el diálogo directo con el movimiento guerrillero, pero organizó una Comisión Nacional de Reconciliación (CNR). Ésta desarrolló contactos con la insurgencia mediante un “conciliador” –el Obispo de Guatemala-, y facilitó encuentros con

empresarios, sindicalistas, profesionales, académicos. En enero de 1991, un nuevo presidente electo –ex-miembro de la CNR- dispuso negociaciones directas con la URNG. Entonces ambas partes acordaron reformar las instituciones estatales e incluso la propia Constitución; hasta se tomarían medidas para incorporar a dicho texto importantes acápites sobre “derechos indígenas”. Asimismo se obraría para que la URNG tuviese facilidades de participar en todas las actividades. De esta manera, en marzo de 1996, se proclamó el cese al fuego y concluyeron las operaciones bélicas. Pero dado que el “Acuerdo de Paz Firme y Duradera” establecía, que el Congreso del país debía sancionar lo estipulado, al cabo de un tiempo con inquietud se empezó a percibir que en dicha instancia nada avanzaba. En esas circunstancias se recurrió a un referendo para aprobar la transformación de la sociedad, pero los resultados del mismo fueron adversos para el cambio, y el Tribunal Supremo Electoral los validó a pesar de que en los mismos sólo había participado el dieciocho por ciento de los ciudadanos con derecho al sufragio. En definitiva, desde el punto de vista legal, tras la guerra nada cambió. Aunque en el futuro no se podría ignorar que la decisiva participación de las variadas tribus mayas en la vida del país había comenzado. Y esa población autóctona era mayoritaria en Guatemala.

En Perú, luego de casi tres lustros sin lucha guerrillera, el combate armado resurgió en 1980, al iniciarlo el maoísta Partido Comunista Sendero Luminoso (PC-SL). Éste llevaba una década de trabajo preparatorio clandestino, sobre todo entre el campesinado indígena, cuando efectuó su primer ataque a un cuartel. Y desde entonces la violencia marchó en ascenso, fruto de la desesperación de los humildes, que no encontraban respuesta a sus crecientes reclamos de justicia. En 1982, el PC-SL tuvo la capacidad de ocupar una capital provincial, y el respaldo que disfrutaba se hizo patente en el entierro de una dirigente suya, en el cual participaron más de quince mil personas. La militarización de las zonas de operaciones guerrilleras fue acompañada de la creación por el ejército gubernamental de Rondas Campesinas –semejantes a las patrullas civiles guatemaltecas-, cuya existencia se vio facilitada por los excesos permitidos o auspiciados por la guerrilla maoísta. El crecimiento insurrecto, sin embargo, no se detuvo, y en 1984, sus efectivos armados contaban ya con más de doscientas bases de apoyo. Esto permitió que los rebeldes formaran el Ejército Guerrillero Popular como parte de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, integradas también por milicias constituidas con habitantes de las áreas liberadas, extensas

sobre todo en las sierras Central y Sur. Pero el dogmatismo sectario de Sendero Luminoso dificultaba hasta las alianzas combativas; cuando miembros del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA) –dado a conocer en 1983- propusieron realizar acciones conjuntas, la dirigencia Senderista lo rechazó. A pesar de ello el MRTA insistió en su postura, para actuar como contradicción flexible que obligara a evolucionar al PC-SL, pero nada logró. Sendero mantuvo su tradicional postura política, lo cual provocó su creciente aislamiento de las masas. Esto facilitó que el Presidente de la República centralizase en sus manos todos los elementos del aparato estatal, y desatara contra los alzados –incluyendo al MRTA- una guerra ilimitada. Así el gobierno se anotó una serie de sistemáticos triunfos, entre los cuales estuvo la captura de los principales dirigentes guerrilleros (Abimael Guzmán y otros), luego de lo cual la insurgencia periclitó.

En Colombia el resurgimiento del combate guerrillero –en su cuarta etapa- puede sobre todo simbolizarse en la conformación durante 1974, del M-19, cuyos efectivos armados se añadieron a los de las FARC y el ELN. La nueva organización político-militar definía como enemigos a derrotar: al imperialismo, la oligarquía, los encumbrados mandos militares y el alto clero. Consideraba aliados a los obreros, campesinos, indígenas, estudiantes, sacerdotes, soldados, oficiales nacionalistas, así como pequeños y medianos propietarios. El ascenso del movimiento guerrillero tuvo al mismo tiempo otras manifestaciones; las FARC engrosaron sus filas y multiplicaron sus ya numerosos frentes, el ELN reorganizó sus efectivos, el Ejército Popular de Liberación abandonó el maoísmo, surgió Autodefensa Obrera, y muchos indígenas se incorporaron a la recién creada columna insurgente Quintín Lame. Los experimentados revolucionarios colombianos asimismo se preocuparon en esta cuarta fase por fortalecer la lucha ciudadana en un país cuya demografía ya era crecientemente urbana. Este hecho, así como la proliferación de los combates en gran parte del territorio nacional, preocupó mucho al régimen, por lo cual sus diferentes gobiernos – liberales o conservadores- tuvieron desde entonces que prestar atención a los reclamos guerrilleros de efectuar un diálogo nacional. Un tímido primer intento se dio en 1980, acompañado de la tradicional exigencia gubernamental de desarme rebelde, que nadie aceptó. Pero al tener lugar nuevos avances insurrectos, la política nacional empezó a girar alrededor de un posible acuerdo de paz con la insurgencia guerrillera. Se llegó así a 1983, cuando se proyectó aplicar una verdadera amnistía política, y la Procuraduría reconoció la

frecuente participación de militares en bandas asesinas aliadas al narcotráfico. Así, al año se firmaron los acuerdos de la Uribe con los revolucionarios en armas, que incluían junto al diálogo nacional y el cese al fuego, la puesta en práctica de reformas económicas, sociales y políticas. Las guerrillas supieron utilizar muy bien la tregua para incentivar la lucha política en las ciudades, y al mismo tiempo plantearse la tarea de buscar la anhelada unidad revolucionaria. Esto, en un contexto en el cual los gobiernos empezaban a quedar aislados, como evidenciaba la proliferación de paros cívicos en municipios y departamentos, en diversas regiones del país. Pero la cúspide oligárquica de la sociedad no podía aceptar semejante proceso democrático, y promovió que el ejército rompiera el pacto al atacar con diez mil soldados un campamento guerrillero. Entonces los revolucionarios auspiciaron un paro nacional y ocuparon el Palacio de Justicia, sangrientamente retomado por las fuerzas represivas. La reanimación de la lucha armada fue acompañada en esta oportunidad por un novedoso fenómeno de fusión de centrales proletarias, y sobre todo por el surgimiento en 1985, de una tercera fuerza política, la Unidad Popular, que disfrutaba del respaldo de las poderosas FARC y otros movimientos guerrilleros. Éstos a los dos años, se estructuraron en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB), que apoyó el reclamo sindical y de la UP, sintetizado en tres puntos: depurar las fuerzas armadas para frenar la guerra sucia y separarlas del narcotráfico, dialogar con los insurrectos, y reformar la Constitución, para de esa manera reivindicar a favor del progreso los intereses generales de la sociedad.

En ese contexto, el M-19 se concentró en Cauca y declaró un cese al fuego unilateral, tras lo cual en julio de 1989, firmó con el gobierno un Pacto Político que indujo a esa fuerza guerrillera a entregar las armas y transformarse en partido legal, con el propósito de participar en una Asamblea Nacional Constituyente. Con el objetivo de quebrar el tradicional bipartidismo colombiano, el M-19 inició conversaciones con la UP y facilitó que el EPL, PRT, y Quintín Lame se desmovilizaran para que sus efectivos pudieran integrarse en la novedosa fuerza electoral denominada Alianza Democrática M-19, que en los referidos comicios quedó en segundo lugar, apenas superada en votos por el Partido Liberal. Pero la nueva Constitución no resultó muy avanzada, por lo cual la lucha armada no se debilitó, pues los vacíos dejados por los pretéritos insurgentes con rapidez fueron ocupados por los que aún se aglutinaban en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. La unidad de los revolucionarios, sin embargo, se deterioraba; al interior de ambas

organizaciones armadas subsistentes –ELN y FARC- se desarrollaban estrategias de lucha que divergían, hasta que la CGSB dejó de existir, lo cual fue tomado por el gobierno como símbolo de debilidad. Entonces el ejército arreció como nunca sus ataques contra los rebeldes, quienes no obstante lograron derrotarlos y pasar a la contraofensiva. Esto condujo, en las siguientes elecciones presidenciales, a que todos los candidatos hablaran de posibles futuros acuerdos de paz. Dichos intentos fueron acometidos por el nuevo detentor del Poder Ejecutivo, durante enero de 1999, cuando desmilitarizó cinco municipios y se entrevistó personalmente con el legendario Manuel Marulanda. Pero al mismo tiempo, este presidente conservador pidió ayuda a Estados Unidos, los cuales concibieron el llamado Plan Colombia, que implicaba un mayor involucramiento imperialista contra las guerrillas, acusadas de ser terroristas y agentes del narcotráfico internacional. A pesar de ello, los combatientes del Ejército de Liberación Nacional y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, continuaron esgrimiendo las armas. Estimaban que se podría así forzar a cualquier gobierno de turno a entablar verdaderos diálogos nacionales, en búsqueda de la paz así como de reformas socioeconómicas y políticas. Durante tres lustros los insurgentes mantuvieron dicha política, hasta que entre las FARC y el gobierno se iniciaron negociaciones secretas, transformadas al cabo de un tiempo en públicas. Éstas desembocaron en un acuerdo bilateral de paz, que se firmó en La Habana el 27 de septiembre de 2016. Tras un fracasado plebiscito nacional –debido al rechazo conservador de ciertos aspectos colaterales-, lo pactado en el acuerdo anterior, con cambios adecuados, conformaron un nuevo acuerdo de paz. Este se refrendó por el Congreso de la República, el 30 de noviembre de ese mismo año. Se inició así la marcha hacia el cese de la guerra interna, al transformarse las FARC en el partido político Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común. Al mismo tiempo, el ELN y el gobierno colombiano firmaron el primero de octubre de 2017, un cese al fuego que abrió las puertas a negociaciones bilaterales. Esto auguró que América Latina y el Caribe finalmente pudieran convertirse en la “Región de Paz” proclamada en la segunda cumbre de la CELAC, celebrada en La Habana en el 2013, con la presencia de todos los mandatarios de la referida Comunidad.